


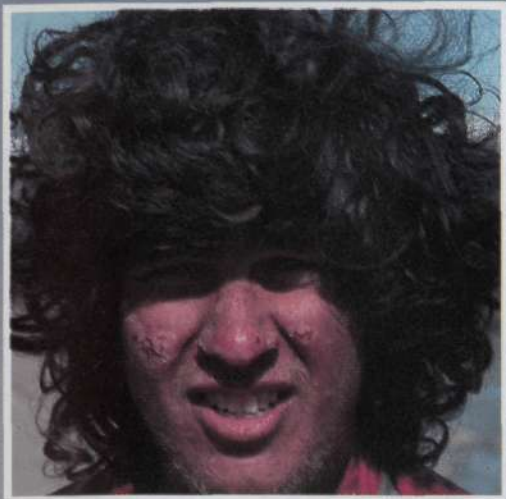
Expedición Transgroenlandia

A través de los hielos eternos de Groenlandia

RAMON HERNANDO DE LARRAMENDI

A photograph of two men on sleds in a snowy landscape. The man in the foreground is wearing a grey jacket and looking upwards. The man in the background is wearing a hat and a backpack, using a walking stick. The background shows snow-covered mountains under a clear sky.

Ramón Hernando de Larramendik, 20
tako madrildarrak, aurtengo udan
lendiako Polo Ingurua, Ekialdetik
alderaino egin du oinez, bere adineko
etin 55 egunetan, bakoitzak 110
r-lera arrastaka zeramala, 800 km
de osoan.
ere, badu jadanik azken
gunekin lorturiko
ndi-ibilaldi luzeak egiten.
katu zituzten,
eguan, eskiz (55
n. Islandia
50 km, 33
fencia-Toulon



Las palabras Antártico, Artico, Polar, siempre han ejercido sobre mí una fascinación sin límite: territorios remotos, deshabitados, inhóspitos y salvajes, extensiones interminables de hielo y soledad donde sólo reina la ley del silencio o de la tormenta.

Las regiones polares cautivaron desde siempre mi imaginación, mis sueños: a los 15 años me sabía de memoria las historias de los exploradores, de sus victorias y de sus tragedias, de sus sufrimientos atroces y de su obstinación casi suicida.

Fue un largo camino superando obstáculo tras obstáculo, luchando por convertir esas fantasías de adolescente en realidades. Siempre tuve la certeza de que llegaría un día en el que yo también sería uno de ellos, en que conocería de verdad el Artico. Conocer el Artico es conocer su crueldad, los sufrimientos que conlleva, hambre, frío, desesperación, pero es conocer también su irresistible seducción. Cuanto más duramente te golpea, más le deseas. No tiene explicación lógica, pero existe y su llamada es imposible de rechazar, porque el Artico forma ya parte de tí mismo.

Fue como el despertar de un sueño de varios años.

Nuestra pequeña avioneta nos estaba trans-

portando rumbo a la costa Oeste de Groenlandia. El mar se iba cubriendo lentamente de icebergs, a lo lejos se distinguían los primeros contornos de unas montañas muy blancas y al fin aterrizamos en el aeropuerto de Kulusuk, el mejor en 700 km a la redonda, una pista de tierra y barro con una pequeña caseta. Estamos en Groenlandia.

La noche del 7 de mayo de 1986 empezamos a arrastrar nuestros pesados trineos, con muchas dudas pero con mucha más ilusión. De pronto todo lo anterior se desvanece: la terrible lucha por sacar adelante la expedición, los amigos, la familia. Sólo existimos nosotros y nuestros trineos, hemos de atravesar la isla de Angmagssalik, en total 50 km a través de las montañas. Las cuestas arriba arrastrando de 110 kg se tornan brutalmente duras, a veces es imposible ir solo, es necesario subir los trineos entre varios o mediante cuerdas. Tras cuatro días de grandes esfuerzos llegamos a Tiniquetilaq, un minúsculo poblado esquimal situado junto a un gran fiordo. Los problemas comienzan. El fiordo está deshelado aunque rebosante de icebergs, unos esquimales nos ayudan a atravesarlo en sus barcas; la expedición está próxima a acabar aquí mismo: a 30 km/h y con un agua a 0°C la barca en la que viajamos Gabi y yo está a punto de chocar contra un gigantesco iceberg. Sólo los rápidos reflejos de Gabi, que se abalanza sobre el timón, nos salvan; tal vez sólo una décima de segundo más tarde habría sido demasiado tarde.

Solos

Nos depositan en territorio deshabitado. Realmente estamos solos, nuestro objetivo se encuentra a 750 km de distancia a través del casquete polar de Groenlandia, a través de una superficie lisa de hielo de dimensiones incalculables, un desierto helado de

2 millones de km² donde la palabra NADA cobra toda su fuerza; la nada más absoluta que se pueda imaginar, hielo por todos lados, millones de toneladas de hielo. Un lugar al que los esquimales siempre han temido y donde jamás se han adentrado; según ellos allí arriba habitan los espíritus del mal y aquellos que osan molestarles son castigados. De hecho, los antiguos exploradores jamás consiguieron convencer a un esquimal para que les acompañase al interior.

Ni la más pequeña bacteria, ni el más mínimo ser vivo se encuentra allí y todo ello a casi 3.000 m de altura, sobre una capa de hielo de 3.000 m de profundidad.

Hemos tardado tres días en llegar al Inlandis (nombre que recibe el desierto del interior) subiéndolo 2.000 m de desnivel con nuestros pesados trineos.

El Inlandis nos acoge con muy mal tiempo, con unas condiciones que no esperábamos, temperaturas suaves, -10, -15°C, niebla, nevada continua, viento moderado, unas condiciones que te impiden orientarte con precisión al no haber referencias. Pero pronto aguzamos el ingenio. Cada uno tiene su sistema de orientación además de mirar la brújula cada rato: el viento, las pequeñas trazas sobre el hielo provocadas por la nevada, cuando lo hay por el sol o el resol, la sombra, las nubes lejanas, las colinitas de nieve blanda, aparentemente todo es llano y no hay referencias, pero poco a poco nuestros ojos se van adaptando a usar el más mínimo indicio apenas perceptible para corregir el rumbo.

A veces las referencias desaparecen totalmente. Niebla, sin viento con nieve en polvo recién caída, es materialmente imposible orientarse. Entonces sólo queda el sistema de recurrir a la brújula cada 10 ó 15 m. Para conseguir una velocidad de 600 ó 700 m a la hora, es preciso ser paciente, no desesperar, avanzar poco a poco, tratando de pensar lo menos posible y echar la desesperación fuera.

Frío, frío

Otras veces se unen todas las condiciones a la vez, mal tiempo, mala nieve, frío, especial fatiga. En esos momentos la marcha es un auténtico calvario, el pesado trineo se pega a la nieve con fuerza, es preciso luchar desesperadamente para moverlo. Inclclinados 40° sobre la vertical parecemos animales de carga, el desgaste es tremendo, el esfuerzo casi inhumano, pero gracias a Dios no siempre la nieve es tan mala. Las espaldas acusan el esfuerzo; Jose está altamente resentido en la columna vertebral, aunque en general a todos nos duele. Pero lo malo siempre pasa y tras casi 20 días de mal tiempo el sol vuelve a brillar con todo su esplendor, aunque el precio a pagar es caro: un intenso frío de -30°C con un fuerte viento en la cara. El frío es seco, duro, el viento le hace penetrante, brutal, unas manos sin guantes en apenas 30 segundos están sin sensibilidad alguna, es preciso taparse hasta el más pequeño resquicio de piel. En el Artico los errores se pagan. He de aprender la lección de una manera cruel: parte de mi cara se

congela (a los demás les pasa también algo parecido, la nariz de Pedro ha sido duramente castigada, y más levemente los rostros de los demás), unas grandes costras me deforman el rostro dándome un aspecto algo monstruoso, las manos y los pies han sufrido pequeñas congelaciones, pero ninguna es irreversible.

Hasta aquí el principal aliciente que teníamos estaba en el pequeño recinto de la tienda de campaña, unas pocas horas de relativo confort, un agradable ambiente y ritual se origina junto a la cena, se habla, se ríe, se mira ansiosamente el mapa hasta casi desgastarlo. Cada día a uno le toca hacer la cena y el desayuno, ese día has de hacerlo todo, no tienes descanso, pero los cuatro días siguientes puedes disfrutar de no hacer nada.

Tremendamente lentos

Los días pasan tremendamente lentos, nada queda al azar, todo se hace siguiendo una dura disciplina: cada dos horas uno ha

de llevar el rumbo y abrir huella, media hora de descanso y comienzo de un nuevo turno. Somos estrictos, en cada turno caminamos dos horas, ni un minuto más ni uno menos, al día estamos en camino de 9 y media a 10 horas; todos comprendemos que en una expedición así la disciplina es importante, nadie manda a nadie, no hay jefe, cada uno sabe lo que debe hacer, y lo hace.

Mientras camino pienso que los desiertos son eso, desiertos, y que no están hechos para el hombre, comprendo bien la palabra «hostil», entiendo que es imposible adaptarse a un sitio así, comprendo que los esquimales prefiriesen dar rodeos de cientos de kilómetros antes de penetrar un poco en el Inlandis.

El hecho de que sea siempre de día nos parece algo totalmente natural, así como el hecho de no ver más que hielo. Sentimos que vamos a renacer cuando volvamos a ese mundo que se nos antoja lejano, como en otra dimensión; nuestra existencia se reduce a nuestro pequeño micromundo formado por 5 amigos, una tienda de campaña, unos trineos y unos esquís.

Hemos llevado un pequeño receptor de radio de onda corta; es muy divertido escuchar Radio Exterior de España. Desde allí oímos el accidente de Chernobyl, curiosamente lo oímos desde Radio Moscú en castellano, narrado como un hecho sin mayor importancia. A -30°C y en la más absoluta soledad nos produce una sonrisa y una cierta nostalgia el oír a los políticos lanzando sus discursos antes de las elecciones de junio, pero nuestra realidad continúa. Llevamos 40 días caminando sin descanso, durmiendo apenas 6 horas al día. Gracias a la mejora de la nieve hemos comenzado a ir hablando mientras caminamos en paralelo; las conversaciones giran alrededor de la comida, cada uno narra sus costumbres culinarias mientras a los demás se nos hace la boca agua, porque empezamos a estar cansados de nuestra dieta; puré de patatas, galletas y mantequilla junto con ocasionales raciones de carne de foca y de salmón.

Por fin una montaña

Navegamos exactamente como si estuviéramos en el mar; llevamos nuestra posición estimada mediante la brújula y la rueda cuentakilómetros, y luego efectuamos correcciones con el sextante. Nos es fundamental saber justo el punto donde estamos para salir justo al poblado al que queremos llegar después de 600 km sin ninguna referencia. Un día, al fin, vemos una montaña en el horizonte, probablemente a 100 km; personalmente me alegro, pero no siento ninguna emoción. Pronto empiezan a aparecer nuevos problemas, nos hallamos ya a principios del verano polar que unido al descenso de altura que hacemos diariamente, hace aparecer ríos y lagos excavados en el hielo,





Fotos: José Bellido.

junto con barreras de grietas que tenemos que franquear.

Las grietas van aumentando de tamaño, la marcha con trineos se hace impracticable, nos vemos obligados a abandonar todo lo que no es totalmente imprescindible: los trineos, los esquís, parte de ropa y de comida. Gonza se pone enfermo, apenas puede levantarse, decidimos por primer día parar para ver si mejora, y de paso todos descansamos. Dormimos 30 horas seguidas, al fin Gonza se encuentra un poco mejor y partimos con una mochila y siete días de provisiones. Las grietas se van haciendo cada vez más profundas y más anchas, muchas de ellas hay que saltarlas. Cada vez se hace más difícil avanzar, las grietas están orientadas perpendicularmente a nuestro rumbo y cada diez metros hay una. Bordeamos, saltamos, retrocedemos una y mil veces arriesgándonos entre un impresionante caos de hielo. La situación es insostenible, estamos nerviosos, nos hallamos tan cerca y a la vez tan lejos...

Muy lentamente seguimos avanzando; poco a poco se va haciendo más transitable, hasta que de repente nos encontramos en tierra firme, en una tierra en la cual habíamos soñado tanto. Estamos contentos pero no emocionados; aún nos faltan 30 km y varios caudalosos ríos por cruzar. Me encuentro cansado, sobre todo psicológicamente, no puedo creerlo, pero estamos a punto de acabar. Hace más de 50 días que no vemos a ningún ser humano y al fin nos encontramos con unos turistas daneses de excursión. Nos invitan a una cerveza, reímos; tras 55 días de marcha continuada, de esfuerzos y de sufrimientos, lo hemos conseguido. Hemos recorrido 800 km a través de una de las regiones más inhóspitas del planeta, hemos sido los primeros de España y los más jóvenes del mundo en conseguirlo.

FICHA TECNICA

Fechas: La expedición salió de Madrid el 21 de abril de 1986 y regresó a Madrid el 6 de julio. La travesía tuvo lugar entre el 7 de mayo y el 1 de julio.

Miembros: Ramón Hernando de Larramendi (20), José Bellido (20), Pedro Guevara (20), Gonzalo Cardenas (19) y Gabriel Cardenas (21).

Itinerario: La expedición ha atravesado el casquete polar de Groenlandia en sentido Este-Oeste, a pie y sin apoyo mecánico, desde Angmagssalik hasta Sondre Strömfjord, unos 780 km.

Presupuesto: La expedición ha costado alrededor de 2.300.000 pesetas.

Patrocinadores: Antena 3 de radio, Nescafé, Comunidad Autónoma de Madrid, material Calma, Edí, Alimentación: Santiveri y Nestlé.

Viaje: Ida en furgoneta y tren hasta Rotterdam, de Rotterdam a Reykjavik en un barco mercante, de Reykjavik a Kulusuk en una avioneta, y de Kulusuk a Angmagssalik en helicóptero. **Vuelta:** De Sondre Strömfjord a Copenhague en vuelo regular y de Copenhague a Madrid en tren.

Permisos: Es fundamental obtener el permiso en el Ministerio de Groenlandia en Copenhague, difícil de obtener pero imprescindible; es necesario hacerse un seguro especial que cuesta unas 50.000 pesetas por persona, así como llevar una radio-baliza.

MATERIAL

Botas: Llevamos las Valluga Light de Koflach con botín de thinsulate así como un botín de Alveolite (Kastinger de bota normal).

Esquís: Llevamos esquís de travesía con ataduras de alta montaña, pesados pero resistentes. Con pieles de foca.

Trineos de dos tipos: Trineos comprados en Suecia, Segebaden, de 1,25 x 0,45 m de fibra de vidrio, 4 kg cada uno, llevábamos 4 que iban colocados en dos trailer de dos trineos, probabemáticos en las subidas y bajadas. Trineos caseros de fibra de vidrio, 9 kg, 1,80 x 0,5 m, rústicos pero sólidos y baratos, contruidos por nosotros mismos de modo casi artesanal.

Arneses y arreos: Comprados en Suecia, 4 arneses y 4 arrastres hechos en Segebaden, perfectos; un arnés de construcción casera con cinturón de seguridad de coche y palos de aluminio.

Escopeta: 300 MW, modelo «Coruña» de Santa Bárbara, en prevención de los osos polares de las zonas costeras.

Piolet y Crampones normales, individuales. 100 m de cordino de 7 mm en 3 cordinos distintos.

Ropa de abrigo: Chaquetilla de Thinsulate con New-Tex y peto igual. Anorak plumífero, peto y chaquetilla de forro polar de construcción casera.

Gautes: Un par de guantes de lana sin desengrasar y unas manoplas de construcción propia de cordura, 2 capas de Thinsulate, y una capa de forro polar (muy buen resultado).

Saco: De Duvet con 1,6 kg de pluma por saco de media, así como una funda de vivac de Thinsulate con New-Tex. Aislantes normales.

Cubrebotas: De neopreno, cordura y forro polar, construcción casera (muy útiles).

Tienda de campaña: Una sola tienda, Artiach, modelo McKinley, 4-5 plazas. Le hicimos algunos añadidos como un porche para cocinar con sus respectivas varillas de fibra de vidrio, y también le cosimos unas faldas para que no se nos fuera el calor por abajo. Muy buen resultado, sin cocinar hasta 20 °C más de temperatura que en el exterior.

Mochilas: Calma.

Hornillo: De gasolina, modelo Optimus. Llevamos 3 Optimus y un Primus y se nos estropearon 2 Optimus, de todas formas van muy bien, son sencillos y tienen una gran capacidad calorífica.

Sextante: De plástico normal con horizonte artificial.

Brújulas: Llevamos 4 y se nos rompieron las dos mejores.

Termos: Personales de medio litro.

DIETA POLAR

Desayuno: 50 gr de leche en polvo, 30 gr de Nesquik, 30 gr de proteínas en polvo (Nutricia Protein), 90 gr de galletas de chocolate y fresa Santiveri.

Raciones de marcha: 100 gr de nueces, 40 gr de almendras, 100 gr de chocolate, medio litro de té con 30 gr de azúcar.

Cena: 90 gr de puré de patatas, 30 gr de queso rayado, 90 gr de margarina, 8 gr de sal, 50 gr de proteínas en polvo, 30 gr de leche en polvo con 30 gr de proteínas y 30 gr de Nesquik, 40 gr de galletas Santiveri, un complemento de vitaminas y 1 gr de vitamina C.

Tomamos alrededor de 2 litros de agua al día.

La dieta contiene unas 4.500 calorías con abundancia de grasas, nos dio un resultado bastante positivo, aunque al cabo de 30 días estábamos muy hambrientos.